

Jung, Freud, los Nazis y el Ocultismo.

Por Manuel Aceves, psicólogo.

(Artículo publicado originalmente en México, en el periódico Excelsior, en marzo de 1989)

Primera Parte:

La relación con Sigmund Freud y el Ocultismo.

Las cartas que Gustav Jung escribió a Sigmund Freud, dadas por perdidas durante más de 30 años, aparecieron finalmente en Londres en 1954, en la casa de Ernst Freud. Las de Freud obraban en poder de Jung, que las cedió al instituto de Zurich, Suiza, que lleva su nombre. Se dice que Jung autorizó diversas fechas para su publicación *post mortem*: 100 años, 50, 30, 20. En definitiva, fue un consejo familiar el que decidió que el manuscrito se preparara y se guardara hasta su eventual publicación, en 1980. Pero gracias a las simpatías que se tuvieron los hijos de ambos personajes, los arquitectos Franz Jung y Ernst Freud, la correspondencia de los dos grandes creadores de la psicología moderna se dio a conocer antes, en 1973.

“El señor Jung, que vino aquí, a St. John’s Wood Terrace, me agradó muchísimo —escribió E. Freud en 1970, poco antes de morir—, y no sólo intercambiamos la correspondencia de nuestros padres sino que, en la forma más amistosa, hicimos planes para su pronta publicación”.

La correspondencia Freud-Jung —de la que dispone una versión en español— es fascinante, y su lectura puede emprenderse como si se tratara de una novela epistolar y desde diferentes ángulos: como historia trágica de una amistad, como un caso de verdadera atracción de los opuestos, como una relación altamente fructífera, como una transferencia psíquica, etc.

Y hoy nos parece increíble que, después de su primera entrevista en 1907, Sigmund Freud le escriba a Gustav Jung y le confiese que “su personalidad lo había colmado de confianza en el futuro” y que “no deseaba otro continuador de su trabajo (sino él)” y, sin embargo, dos años más tarde lo desacredite como “ocultista”. No menos sorprendente en la actitud de Jung cuando le contesta a Freud garantizándole “mi incondicional entrega a la defensa y propagación de sus ideas, e incluso mi no menos incondicional veneración de su personalidad” y, no obstante, rechace luego la psicosexualidad en su conjunto.

¿Qué fue lo que ocurrió entonces, durante la segunda entrevista que en 1909 sostuvieron Jung y Freud en Viena, que dio al traste con su amistad y su colaboración científica? El secreto de las sombrías, inhumanas relaciones entre junguianos, freudianos *et alia* tal vez se nos revele simultáneamente si evocamos este suceso, tan poco conocido en la historia de la psicología. La herencia de este infausto encuentro es nada menos que la falta de eros entre psicoanalistas —se ha permitido denunciar el venezolano Rafael López-Pedraza, analista formado en el Instituto C.G. Jung de Zurich. “Porque si no hay eros en la relación entre psicólogos, ¿cómo puede esperarse que surja en la relación analista-paciente?” (*Hermes and his children*) (Nota de editorial: publicado en español por Editorial Fata Morgana, “*Hermes y sus hijos*”, Rafael López-Pedraza, 2006).

Basados en las memorias de Jung (*Recuerdos, sueños, pensamientos*), la correspondencia con Freud y la biografía escrita por Ernest Jones, podemos suponer que esto fue lo que sucedió, posiblemente, la velada del 24 de marzo, en el estudio de Freud:

— Jung, usted es mi sucesor, mi príncipe heredero. Prométame de nuevo que no abandonará la teoría sexual; es lo más importante de todo. Tenemos que hacer de ella un dogma, un bastión inexpugnable...

— ¿Contra qué, señor profesor?

— Contra la cenagosa marea del ocultismo.

— ¿Qué es para usted entonces la precognición y la parapsicología, a la que dediqué mi tesis doctoral?

— Pamplinas, Jung, puras pamplinas.

Aquí sonó un crujido en la biblioteca, tan fuerte que ambos creyeron que los libros se les caían encima. Jung consideró que aquello había sido una exteriorización de los llamados fenómenos catalíticos, pero a Freud le parecieron más pamplinas.

— Se equivoca usted, señor profesor —repuso Jung—; y para probárselo, le prevengo desde ahora que volverá a producirse el mismo estruendo.

El crujido sonó por segunda vez en el estudio de Freud.

Este extraño y ominoso episodio es prueba palmaria de que entre Freud y Jung no había una verdadera relación; su correspondencia ha venido a corroborar que su intercambio obedecía más bien a puras proyecciones personales, las cuales estaban basadas, irónicamente, en la voluntad de dominio o complejo de poder, descubierto y elaborado por su

mutuo contrincante, Alfred Adler, co-fundador igualmente de la ciencia psicológica moderna con su psicología individual o psicología del yo.

En efecto, con su científicismo y su descubrimiento de la transferencia, Freud ejercía una tremenda fascinación sobre Jung; y viceversa, Jung deslumbraba a Freud con su inmerso saber en cuestiones de espiritismo, apariciones, telepatía, telequinesis, etc. Rota esta transferencia públicamente a propósito de la publicación en 1911 del primer libro “junguiano” de Jung, “*Transformaciones y símbolos de la libido*”, los sucesos posteriores demuestran que nada quedó de su antigua amistad. Se perpetuó, eso sí, la lucha de poder, el odio y la inquina, entre sus secuaces.

Sin duda, aquella noche vienesa se jugó el destino del psicoanálisis, que a partir de entonces se escindió en dos campos irreconciliables. Freud reafirmó el primado del instinto sexual sobre los demás impulsos del inconsciente, mientras que Jung reivindicó el comportamiento mágico-religioso de los mismos impulsos.

Pero según puede confirmarse por la lectura de sus obras juveniles o pre-freudianas, Jung no fue un ocultista en el sentido que más tarde Freud le atribuyó: “oscuro”, “místico”, etc. Y que, jurando por las palabras del maestro, repiten todavía hoy sus seguidores (ortodoxos, neofreudianos, fromianos, lacanianos, etc.), mismos que han aprovechado ciertos errores políticos de Jung para calumniarlo, además, de “nazi” y “anti-semita”.

Si, en sentido amplio, entendemos por esoterismo no sólo el ocultismo o espiritismo, sino también la astrología, la alquimia y, en general, todas las técnicas que persiguen el conocimiento del inconsciente (*gnosis*), resulta que el psicólogo Gustav Jung (1875-1961) fue un gran iniciado, no sólo poseía las facultades naturales que se requieren para estas experiencias y que había heredado de su familia materna, sino que además se entregó a ello con ardor desde su juventud.

De la parapsicología entendida como ciencia, Jung empezó a interesarse cuando era estudiante de medicina, esto es, entre 1900-1901, cuando se decía “espiritualismo” para referirse a dichos fenómenos, siguiendo la tradición iniciada por los románticos.

Un amigo suyo de estos años, Alberto Oeri, dejó este esbozo del joven Jung: “Había adquirido una gran cultura espiritista leyendo toda la literatura especializada a su alcance y experimentado por su cuenta...”.

La médium era prima suya, una estudiante de quince años. De esa época data, por cierto, la doble experiencia sobrenatural que, de alguna manera, marcó su vida para siempre. Según relata, estaba en casa con su madre y su hermana cuando, sin causa aparente, se partió en dos una sólida mesa de nogal, en medio de un gran estruendo. Al rato un cuchillo para cortar pan se dividió en cuatro partes, sonando como un disparo de pistola.

Ulteriormente, cuando era asistente médico en el manicomio municipal de Zurich, su director, el doctor Eugen Bleuler, sugirió a Jung dedicar su tesis de recepción a la explicación científica de sus experiencias espiritistas. Y así surgió, en 1902, su famoso tratado *Sobre la psicología y psicopatología de los llamados fenómenos ocultistas*, considerado históricamente como el fundamento de toda la psicología junguiana posterior.

Cuenta Jung en su disertación que, hallándose en estado de trance la médium con la que experimentaba, hablaban a través de ella ciertas “personalidades”, mismas que pueden considerarse como “personificaciones de almas parciales de naturaleza inconsciente”.

De este modo llegó a considerar a la psique como “una pluralidad o unidad múltiple”, con lo que asentó las bases de su futura teoría de los complejos autónomos inconscientes y de los arquetipos. Así descubrió también la función compensatoria de estas personalidades escindidas en relación con la vida consciente. Una “alta personalidad” solía presentarse en las sesiones, expresándose incluso en el más correcto inglés, idioma que desconocía la médium. Como una especie de ideal inconsciente, bajo la forma de una aristocrática y distinguida dama, este complejo compensaba el todavía sencillo e informe carácter de la joven, la cual daba muestras, según diagnóstico de Jung, de insuficiencia hereditaria.

En relación con los adolescentes, dice Jung que estos fenómenos vienen a ser como anticipaciones de su futuro carácter, especie de intentos de reestructura —verdaderas irrupciones del inconsciente y son provocadas por circunstancias desfavorables, disposición psicopática del sistema nervioso, etc., y se hayan en relación directa con específicas perturbaciones de la consciencia. Justamente, los sonambulismos o trances pueden ser comparados con las neurosis, ya que en el fondo ambos trastornos buscan corregir determinadas deficiencias del carácter, la consciencia o la personalidad.

No fue sino hasta 1919 que Jung volvió a ocuparse de los fenómenos ocultos, y los definió ahora como “proyecciones” o “efectos exteriorizados de complejos autónomos inconscientes”. Y así escribió:

“Estoy plenamente convencido de que son meras exteriorizaciones... He observado incontables efectos telepáticos de complejos inconscientes y toda clase de fenómenos parapsicológicos, pero en todo ello no vi una prueba de que existan realmente los espíritus. Y hasta que dicha prueba no sobrevenga, considero todo este territorio como un apéndice de la psicología”.

Pero casi 30 años después, en 1947, Jung relativizó sus anteriores afirmaciones, añadiendo la siguiente nota al pie de las mismas:

“Durante 50 años he estado registrando experiencias psicológicas de personas de muy diversa condición y nacionalidad, y me siento hoy inseguro de lo que escribí en 1919... Dicho llanamente, dudo que una consideración meramente psicológica haga justicia a los fenómenos en cuestión... No sólo los nuevos descubrimientos en la parapsicología sino mis propias reflexiones teóricas [...] me llevaron a ciertos postulados muy cercanos a la concepción que tiene la física nuclear de la magnitud continua espacio-temporal. Esto planteó el problema de una realidad transpsíquica como sustrato inmediato de la psique”.

.....

Gustav Jung arribó a la conclusión de que más allá de la “psique”, con sus relaciones espacio-temporales ordinarias, es decir, más allá de la consciencia y el inconsciente personales, debían hallarse una realidad transpsíquica o un inconsciente colectivo, en el que, por una relativización del tiempo y el espacio, el principio de causalidad perdía su validez. Lo que percibimos como pasado, presente y futuro se relativiza en el inconsciente colectivo, combinándose ahí con una unidad indiscernible, o sea, carente de “tiempo”. Y lo que la consciencia percibe normalmente como cercano o lejano pasaba por el mismo proceso de relativización, hasta convertirse en algo igualmente falto de “espacio”.

Poco antes, Jung había definido los contenidos de la realidad transpsíquica como “arquetipos psicoides”, con lo que daba a entender que su naturaleza participa justamente de lo psíquico y lo físico. Parecería esto una contradicción, pero en realidad no es sino una explicación de la naturaleza psicoide o fronteriza en que se producen los hechos extrasensoriales.

Aniela Jaffé, discípula de Jung y considerada como una especialista en la materia, afirma lo siguiente:

“De los arquetipos nos son accesibles solamente sus contenidos, cómo se manifiestan, por ejemplo en los mitos, los cuentos de hadas, los sueños, las fantasías, las alucinaciones, los delirios, las visiones, etc. Del arquetipo en sí nada sabemos; cuando mucho podemos conjeturar que se trata de una fuerza reguladora de sus propios contenidos, o un sustrato de los mismos.”

Según Jung, sólo el arquetipo en sí es psicoide; esto es, *psicofísico*. Por tanto, debe ser la causa única, y el regulador, de las llamadas *percepciones extrasensoriales* o *acontecimientos acausales sincrónicos* (*parasíquicos*), tales como los sueños proféticos, los presentimientos, la telepatía, las precogniciones, los sentimientos *du déjà-vu*, las corazonadas, etc. De esta misma naturaleza participan las técnicas de adivinación o métodos mánticos, como son la astrología, el Tarot, el *I Ching*, etc.

En general, tales experiencias, inaccesibles para los sentidos, son percibidas por medio de una imagen interna o psíquica, dada en un sueño o visión, con independencia de que estos sucesos hayan ocurrido ya o pertenezcan al presente o al futuro, o se produzcan en un lugar cercano o remoto. “Lo importante es que suceden aquí y ahora”, señala la doctora Jaffé, autora de un libro clásico sobre apariciones, sueños de muerte y fantasmas.

Por ejemplo, lo que cuenta Emmanuel Kant (1724-1804) acerca de la contemplación visionaria del religioso sueco Emmanuel Swedenborg, del incendio de Estocolmo mientras se hallaba en Goteborg (1688-1772), a cientos de kilómetros del siniestro, constituye una de esas experiencias sincrónicas acausales, coincidentes en el tiempo, pero no en el espacio.

Lo mismo puede decirse de las experiencias de aquellas personas que importunan al *I Ching* preguntándole varias veces la misma cuestión. Comúnmente el libro oracular de los chinos les contesta con estas palabras:

*En el primer oráculo, yo les informo.
Si me preguntan dos o tres veces, me molestan.
Si me importunan, no les doy razón.*

Con su descubrimiento del principio de sincronicidad acausal, Jung ha venido a aclarar el enigma de los paralelismos psíquicos y físicos (*extra-sensory perception*) en los términos que acepta la mentalidad empírico-racionalista contemporánea, pero que en otro tiempo provocó la ruptura con su gran amigo y maestro, Sigmund Freud.

He aquí lo que dice el mismo Jung acerca de su separación de la psicología freudiana:

“Lejos de mí la idea de pretender disminuir de alguna manera los extraordinarios méritos de Freud en la exploración de la psique individual; mas el marco conceptual en que Freud tenía el fenómeno psíquico, parecíame de una estrechez inaceptable. En modo alguno aludo con esto a su teoría de la neurosis, por ejemplo, que puede ser todo lo estrecha que se quiera, a condición solamente de que se adapte al material de la experiencia —o a su teoría de los sueños, sobre la cual se puede ser honradamente de otra opinión. Aludo más bien al causalismo reductivo de su postura general, y al hecho de que hiciera caso omiso, podría decirse que totalmente, de la tendencia finalista tan característica de todo lo psíquico. La obra de Freud *El porvenir de una ilusión*, aún siendo de fecha posterior, ofrece una exposición de su modo de ver, que propiamente corresponde a los años anteriores, y esa exposición se mueve dentro de los límites del racionalismo y materialismo científico, característicos de fines del siglo XIX.”

Continuará...